

LOS SUCECOS

Suscripción en toda España, 5 pesetas al año. Idem en el extranjero, 8 fr.

Toda la correspondencia debe dirigirse al Apartado de Correos 347.

De presidiario á general.



Yeprem Khan.

Después de haber rechazado victoriosamente las tentativas de restauración del Cha de Persia destronado, Mahomet Ali, el Gobierno constitucional persa ha visto aparecer un nuevo pretendiente al trono: el príncipe Salar ed Douleh, hermano del monarca caído.

El pretendiente obtuvo una brillante victoria sobre las tropas del Gobierno mandadas por el príncipe Firman Firma, y entonces enviaron de Teherán al mejor general del Ejército persa, á Yeprem Khan, general jefe de la Policía.

Con 600 hombres á su mando presentó, el domingo 19 de Mayo último, un combate decisivo á los mil quinientos revolucionarios mandados por Abdolbaghi Khan, á quien derrotó por completo.

Desgraciadamente, el general Yeprem Khan murió en el combate.

La muerte de Yeprem Khan ha sido una pérdida sensibilísima para el régimen constitucional persa, pues era el mejor y más valioso defensor de la causa.

Yeprem Khan era hijo de un albañil armenio, y pasó la mayor parte de su juventud en el Cáucaso, donde se distinguió tanto en las filas revolucionarias, que fué cogido y enviado á Siberia.

Gracias á un disfraz, pudo escapar de aquellas inhospitalarias regiones, y fué á Turquía, donde con-

tinuó su apostolado revolucionario, hasta la caída de Abd el Hamid.

Entonces fué á Persia, y nombrado teniente del siphadar, y á la cabeza de sus tropas, marchó sobre Teherán, para abolir el antiguo régimen.

Después de esto, el revolucionario se hizo el defensor del orden, y el antiguo presidiario llegó á ser jefe de la Policía.

Dicen que, de todos los jefes revolucionarios, desde Garibaldi á Boris Saratoff, ninguno tan simpático, modesto y sincero como el general Yeprem Khan.

La joven Persia ha perdido, con la muerte del jefe de Policía, una de las mayores figuras del régimen constitucional.

A LOS FOTOGRAFOS

Como siempre, seguimos pagando todas las fotografías y retratos de actualidad que nos envíen y publicamos.

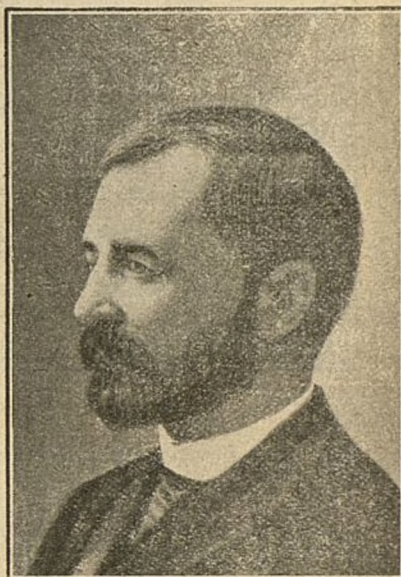
Ahora, como siempre, este periódico no tiene preferencias por ningún asunto determinado. Basta que la fotografía sea interesante.

CARIÑO MODERNISTA



La madre.—Vamos, niño, no seas pesado; ¿no comprendes que no os puedo llevar á los dos en brazos?

Parlamentando á tiros.



El conde Tisza.

La Cámara de Diputados de Hungría ha sido últimamente el teatro de una escena trágica.

En medio de una formidable discusión, un diputado llamado Kovacs se precipita en la sala gritando:

—¡Aún hay aquí un diputado de la oposición! Y sacando un revólver, disparó tres tiros sobre el presidente. Después vuelve el arma contra sí, y se suicida. El tumulto es horrible. Varios diputados del partido gubernamental se precipitan sobre Kovacs, armados de revólvers, y golpean al diputado agresor.

Cuando se hizo un poco de calma, vieron que Kodacs estaba tendido en un charco de sangre.

Agonizante, fué conducido al Hospital, donde fallece á poco. El conde Tisza, al oír los disparos, se puso horriblemente pálido, y saltó del asiento; después se tranquiliza.

El presidente de la Cámara se pone de pie y exclama:

—Tengamos calma, y volvamos á nuestro trabajo. Deploramos profundamente el acto de ese desgraciado loco, que se ha hecho justicia escapando así de los Tribunales.

—Vosotros le habeis matado—exclamó una voz desde una tribuna.

—Vosotros, que le habeis dejado bajar—gritan los del hemiciclo.

El conde Tisza, con gran calma, propone que se pase á la orden del día y continúe el debate.



Los presidiarios de la Guayana francesa trabajando en una cantera.

La vida en los presidios franceses.

Los presidios franceses de la Guayana no son, como dice un periodista que ha observado de cerca aquellos lugares, ni un infierno ni un paraíso. Son simplemente un purgatorio, donde se sufre el atroz, constante y abrasador sol tropical.

Ni grandes penalidades, ni grandes comodidades.

El presidio de la Guayana no es un calabozo donde los presidiarios arrastran cadenas ni soportan grillos, ni es tampoco una Jauja donde los criminales lo pasan en constante jolgorio.

Las prisiones son una serie de barracas de madera, construidas sobre

pilotes para que no sufran la humedad del suelo. Allí se cobijan y duermen en este campamento, de



Los privilegiados se dedican al pastoreo.

aspecto militar, unos tres mil presidiarios. A 200 metros de distancia, entre jardines, una serie de hotelitos, donde viven los empleados y funcionarios de prisiones; un poco más lejos, un pueblo donde viven los libertos.

Tal es el presidio de San Lorenzo del Maroní, de la Guayana francesa.

Más lejos, ya en el bosque, se ve el campamento de San Juan, donde hay otros tres mil presidiarios, Charwein, prisión de los incorregibles, las canteras de Sparwyn y Fo-

restiere, las Huttes, donde están recluidos los locos, etc., etc.

Los peligrosos y los locos están confinados en las islas de la Salud, que es el sitio más sano de la costa de Guayana.

Desde las islas del Diablo, Real y San José, se descubre, á través de los cocoteros, las selvas vírgenes sin fin del continente americano.

La vida del presidiario está reglamentada en la forma siguiente:

Diana á las cinco de la mañana, y desayuno de café puro; lista á las seis, y trabajo hasta las diez. A esta hora, segunda lista y la sopa. Dos veces por semana se les da cerdo, otras dos carne fresca y otras dos



La tala de árboles.



Castigados transportando maderos.



La banda del presidio.

cecina. De diez á una, descansan; tercera lista al terminar el asueto y trabajo hasta las cinco de la tarde; segundo rancho y última lista, á las seis.

Al terminar la lista se les encierra en los barracones, que son vastos dormitorios con dos filas de hamacas, separadas por un corredor. En el interior no queda vigilante alguno, quedando ellos dueños del dormitorio durante la noche.

Allí se vende café, tabaco y mil objetos robados á la administración. Allí se vende una bebida hecha con maíz fermentado, se juega á las cartas, se arman riñas formidables. Las noches de prisión son la mejor escuela de todo vicio.

No es la infamia del presidio, ni el trabajo, ni la severidad, lo que mortifica á los presidiarios; lo que les affige, lo que les apena, es la nostalgia, el recuerdo de la patria.

Se agrupan todos, pero estas agrupaciones no se caracterizan por sus gustos ó sus vicios, pero por regiones. Los de París forman su tertulia nocturna separados de los bretones, de los gascones, picardos, normandos, etc.

Los ocios de la prisión los pasan

de mil maneras: juegan, hacen gimnasia, cantan, esculpen maderas y cocos, algunos pintan, los más intruidos cuentan sus memorias y hacen versos, y no falta el pequeño comercio, el intercambio constante.

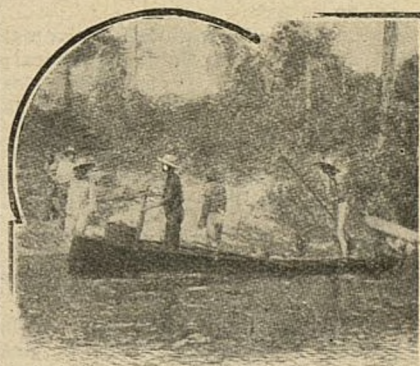
Hay en San Juan del Maroní una banda de música, que dos veces por semana, miércoles y domingos, toca su poco variado repertorio.

Los vendedores de oro abundan. Los que logran escapar se dedican, generalmente, á buscar oro, y éstos lo venden al precio de 1,0 á 2 francos el gramo, que después el comprador lo vende á 3 francos.

Hay en el presidio un verdugo, un tal Chanmette, leproso repugnante, que contrajo la horrible enfermedad al guillotinar á un negro leproso, por haberle caído la sangre en la cara.

Hace unos años, la pena de muerte se aplicaba con bastante frecuencia, pero de algún tiempo á esta parte escasean, con gran pena del verdugo, quien se queja amargamente, pues por cada ejecución le deban 20 duros.

Como no gasta nada, tiene su capitalito.



Presidiarios evadidos buscando ya cientos de oro.



Presidiarios plantando algodonereros.

—Mis herederos—dice con gracia—se acordarán cuando me haya muerto, del tío de América.

La nostalgia, como hemos dicho, es lo que más mortifica al preso; así es que las evasiones son constantes, á pesar de las penalidades que lleva consigo.

El hambre, las arañas peludas, las serpientes, los escorpiones y cien pies, presentan al fugitivo temible barrera. Pocos son los que llegan á pisar territorio brasileño ó la Guayana holandesa.

Frecuentemente, los evadidos se agrupan y forman expediciones para ir á buscar oro. Casi siempre salen huyendo sin víveres ni vestidos, medio desnudos. Viven de frutas y de los peces que pueden pescar, pero cuando la provisión de sal y el medio de hacer fuego se agotan, las penalidades por que pasan son incalculables.

Las regiones de las selvas vírgenes que tienen que atravesar, son la mejor muralla para evitar las evasiones, y cuando regresan, los relatos de las miserias y sufrimientos pasados hacen que se les quite la idea de evasión á muchos de los que soñaban con la libertad y maquinaban la huida.

El anuncio y la muerte.

Para los espíritus mercantiles, no hay barrera posible; hasta en la misma muerte, y más allá de la muerte, encuentran medios de propaganda, anuncio y reclamo.

Afortunadamente, esta costumbre no se practica en España; pero en ciertos países de Europa, y en especial en los Estados Unidos, no por pares, por docenas, se encuentran los anuncios en los cementerios, y no sólo en los terrenos de los Camposantos, sino en las mismísimas tumbas.

La viuda de un comerciante puso sobre la losa que cubría el cadáver de su esposo, la siguiente inscripción:

"Aquí yace N. N., esposo adorado de B. B. La viuda continúa con el mismo negocio, calle X, núm. X.—Ventas al contado."

En uno de los cementerios del Estado de Ohio, también en los Estados Unidos, un conocido comerciante mandó hacer su tumba en vida, é hizo colocar una gran lápida con el epitafio siguiente:

"Aquí yace Juan Emerson, el mejor sombrerero del Estado de Ohio."

Cuando las autoridades que intervienen en la admisión de epitafios vieron el anuncio, se opusieron á que se colocara; pero el comerciante insistió y consiguió ver el epitafio anunciador en el lugar que tenía destinado para su eterno descanso.

En un cementerio de Canadá se lee un epitafio mucho más extravagante aún.

En una elegante tumba, el presi-



dente de una compañía de conservas alimenticias hizo poner el siguiente rótulo:

"Aquí yace Abraham Stokes, fundador y presidente de la razón social Stokes y Compañía, la cual, durante varios años, ha fabricado encurtidos y frutas en conserva. Las mejores que se conocen y sin rival."

No hace mucho, los censores de epitafios del cementerio de Brooklyn se opusieron tenazmente á que la viuda de un conocido médico, inventor de varios específicos, pusiera en la tumba de su marido un epitafio con la lista de los específicos y los precios de cada uno de ellos.

Pero donde indudablemente se ha llegado al colmo en esto de los anuncios de epitafio, es en Nueva York, donde en una tumba se lee la siguiente barbaridad:

"Aquí yace Charles Luthern, que se suicidó disparándose un tiro con una pistola "X", que nunca marra. Pídase en las armerías."

LA VIDA EN BROMA

¡Dale con la Exposición!

Vuelve á agitarse (¡claro que en el vacío!) la idea de celebrar en Madrid una Exposición Universal que quite la cabeza, como dicen los chulos.

Seguramente, las últimas exposiciones caninas y de Bellas Artes han hecho resurgir esos propósitos, que yo encuentro muy laudables y patrióticos, algo más que la ley de Jurisdicciones y los suplicatorios, dicho sea con perdón de los conservadores, con quienes no quiero indisponerme, por lo que pueda tronar el día de mañana, ó á lo sumo de



pasado mañana, cuando vuelvan al poder.

Pero yo creo que, eso de la Exposición Universal, como el programa de Canalejas, la retirada de Muret y la fusión de los republicanos, son cosas irrealizables; ideas grandes, hermosas, utilísimas, hasta necesarias, pero que no están dentro de la realidad, ni siquiera en el extrarradio de lo posible.

Eso es una idea como la de la aviación hace dos siglos. Se presentía que el hombre volaría, aun sin ser cajero de una Sociedad de crédito,

pero, ya ven ustedes los años que ha tardado en volar.

Madrid tendría gran orgullo en tener una Exposición Universal, que fuera el asombro de todas las naciones del mundo, y en ver que los extranjeros, al llegar aquí, se caían de espaldas en vez de caerse de bruces tropezando con las bocas de riego y los adoquines removidos.

Pero Madrid, hoy por hoy, aun con el Parque de Espectáculos del Retiro, que, por lo visto, va á ser lo mejor que se ha hecho después de la Romería de San Isidro, no está, ni mucho menos, para un Certamen de esa magnitud. Y es que, muchos, han creído que, una Exposición Universal, se organiza así como una "kermesse" en los solares de la Trinidad ó una verbena en San Lorenzo, con cuatro puestos de "torraos", una bufolería, un tfo-vivo, varias macetas con hortensias y un pim, pam, pum.

¡Y no es así!...

Aquí, una Exposición Universal sería así como un Gabinete liberal; esto es, un fracaso y una ruina. Nos costaría muchos millones, como la Transatlántica, y sólo conseguiríamos, al fin y á la postre, lo que los españoles sacamos siempre de estos desastres: que nos subieran la contribución.

Ahora bien: en Madrid caben algunas Exposiciones parciales, que serían dignas de visitarse.

Una, por ejemplo, de Bandos de la Alcaldía, y se podía exhibir la rica colección de los que no se cumplen, habilitando, para ello, todas las vallas de la Gran Vía, y aún faltaría valla, seguramente.

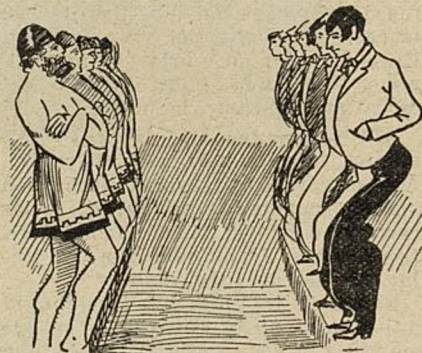
Otra de organilleros con pantalones de odaliska, en contraste con unos ejemplares de los primitivos pobladores de España, para que se

vea lo que degeneran las razas á través del cocido.

En Pintura sería digna de estudio una sección de coches del tranvía, para averiguar de dónde ha sacado la Empresa ese amarillo canario con que ha pintado algunos de los que pasan por Atocha.

De Historia política podría presentarse la hoja de servicios de cada hombre público, desde la Restauración á la fecha, para que los extranjeros se convencieran de que todos tienen hoja.

En obras atrevidas de Arquitectura, los evacuatorios subterráneos de la Puerta del Sol, obra de paciencia (por parte del público), y de



una dificultad incalculable, por haberse tenido que hacer deprisa y corriendo los tranvías por arriba.

Y de esta manera, con simples Exposiciones parciales, sin meterse en honduras ni castigar al comercio ni á la industria, ni siquiera al Ayuntamiento—á pesar de ser el que merece más castigos que nadie—, se lograría ir demostrando que España puede ser potencia de primer orden en todas las manifestaciones de la vida y... de la muerte. ¡Amén, Jesús!

F. ROIG BATALLER.

RASTROJOS

El cielo contemplo á veces
y, al verlo tan estrellado,
pienso que me miro á mí
¡que estoy en el mismo estado!

Ya no encuentro en tu mirada
dulces y vivos fulgores,
ni es tu cara sonrosada
para mi alma enamorada
un conjunto de primores.

Ya, por mucho que te esmeres,
son tan grandes tus quebrantos,
que hoy, ante mis ojos, eres
una de tantas mujeres,
sin seducciones ni encantos.

¡Así se metamorfea
toda mujer, cuando mata
el cariño que ella crea!...

Y no es que se vuelva fea...
¡Es que ha metido la pata!

Si dueñas del dinero
fuérais vosotras,
algo más rodaría
de lo que "roda".

Te creí más perfecta que los án-
[geles;
la mayor perfección que hay en lo
[humano,
y acabo de saber ¡voto al demontre!
¡que tocas el piano!

Dudo que haya quien halle,
por mucho que la busque, una cria-
[da,
que se esté en la cocina sosegada
cuando pasa la tropa por la calle.

Se ha licenciado este año,

con buenas notas,
mi amigo Pedro Greda
Calabazotas,
quien cursó la carrera
de boticario
con aprovechamiento...
¡para el Erario!

La vida, para ser bella,
no requiere más que luz,
un Edén para gozarla
y una mujer como tú.

Tu madre, cuando supo
que te di un beso,
prometió, enfurecida,
romperme un hueso.
Tienes, Juana, una madre
que es un regalo...
¡Digo, si en vez de un beso
te doy un palo!...

PIO GRACO.



En busca de marido.

Con una indumentaria práctica, pero extraña
Una joven pareja, asciende la montaña.
Ella marcha delante, alegre y decidida,
Es la viuda gentil, es nuestra conocida.

Es el otro un doctor, sabio entomologista
O cazador de insectos, y notable alpinista;
La viuda le encontró dando una conferencia
Y se quedó encantada de su asombrosa ciencia.

Un marido tan sabio, tan serio y estudioso
Debe ser un encanto; debe ser muy hermoso.
Es de esperar que hoy mismo, al fin de la ascensión,
Me haga ya en toda regla una declaración.

La ascensión es penosa, muy largo es el camino.
Suben, bajan, rodean, caminando con tino,
Ella descansa á ratos, él coge mariposas
Ríen, resbalan, charlan, se dicen cuatro cosas.



Por fin, dando los dos un arriesgado salto,
Terminan la subida, descansan, hacen alto.
De rodillas ante ella cae rendido el doctor,
Y empieza emocionado á hablarle de su amor.

Pero en aquel momento, cerca de ellos se posa
Una rara y bonita pintada mariposa.
—Dispense usted—exclama—es un raro ejemplar.
Y corre tras el bicho olvidando el amar.

Del tirón van al suelo, pues estaban atados,
Y caen en el abismo; van á ser estrellados.
Mas la cuerda se engancha en una rama fuerte,
Y por milagro escapan de horripilante muerte.

—¡Necio, estúpido!—grita la viudita asustada.
—Por poco nos matamos por vuestra gran memada.
Cogerá usted en sus redes miles de mariposas,
Mas con esas sandeces no se cazan esposas.

FERS



EL MISTERIO del tren ESPECIAL

NOVELA ADAPTADA DEL INGLÉS EXPRESAMENTE PARA "LOS SUCESOS"



—Y se ha ido sin pagarle la mitad del importe del camarote. ¿Dónde demonios se habrá metido?

CAPITULO XX

Cuestiones de Estado.

El duque de Devenham que acababa de llegar, atravesó rápidamente el salón para ir a saludar al anfitrión Sir Edward Brausome, ministro de Estado.

—¡Hola Brausome!—le dijo dándose un apretón de manos, le he escrito a usted para decirle que el presidente viene con nosotros a pasar unos días en Davenham, y que esperamos nos acompañe usted también.

—Muchas gracias, duque, es usted muy amable. Supongo que Haviland le explicaría a usted todo.

El duque hizo con la cabeza un signo afirmativo y continuó:

—Usted me ayudará a distraer a nuestro distinguido huésped. Ya verá, ya verá, no lo pasaremos del todo mal.

El ministro echó una mirada a su alrededor y luego dijo:

—Espero; deseo de veras que lo graremos hacer que nuestro joven amigo sea un poco más cándido con nosotros de lo que hasta ahora ha sido. No podemos sacarle una sola palabra a Hesho, pero tengo que confesar con pena que no me gusta nada el aspecto que va tomando la cosa. La Prensa ya ha empezado a olerlo. Los periódicos de hoy ya traían dos artículos de fondo tratando de nuestras relaciones con el Japón.

—Ya los he leído—replicó el duque—, y además estoy enterado de que el éxito o el fracaso de nuestro misterio depende en absoluto del resultado que obtengamos en el asunto de renovación de nuestro tratado con el país del Sol Naciente. ¿Se acuerda usted de cómo gritaron los periódicos, hasta ponerse roncos, cuando empezamos a establecer relaciones con nuestros amiguitos del Pacífico?

El secretario del ministro se acercó al oído de éste, y tocándole en la espalda le dijo:

—En la antecámara hay una persona que creo no debe dejar de verla. El duque saludó y se retiró. El secretario llevó aparte a su jefe y continuó diciendo:

—Este hombre acaba de llegar de París, y es portador de una carta que tiene que entregar a Vuecencia en persona.

—¿Y quién es? ¿Es persona cono-

cida en la casa? ¿De quién es la carta?—preguntó el ministro.

El joven contestó:

—La carta, según me imagino, no tiene nada que ver con Francia. La persona a quien me refiero es un yanki, y aunque no tengo ninguna información cierta, me parece que es un encargado de traer misivas secretas desde Washington a la Embajada de aquí. He oído decir un par de veces que el embajador de los Estados Unidos ha recibido comunicaciones de su Gobierno por medio de emisarios secretos. Parecer ser que tienen marcado interés en no confiar al correo cierta clase de documentos.

Brausome, al lado de su secretario, atravesó varios salones cuajados de invitados, parándose a cada momento para saludar a los conocidos y amigos. Era la tercera reunión de la estación, que su mujer daba al Cuerpo diplomático.

—Washington está dando muestras de gran desconfianza en estos últimos tiempos—dijo a su secretario—; pero si las comunicaciones han sido falseadas, habrá sido por ellos y no por nosotros. Tienen una Prensa sin pizca de escrúpulo y una intriga en la política abrumadora. Si la persona de quien usted me habla es realmente portadora de una carta de allí, creo que es conveniente que nosotros dos nos las veamos con él.

—Como guste Vuecencia. ¿Llamo al Sr. Haviland?—contestó el secretario.

—No, no, ya veremos lo que hace falta y avisaré. Por de pronto hágale pasar a él solo a mi gabinete particular.

Sir Edward Brausome, entró en su despacho y encendió las luces, dirigiéndose hacia la chimenea en la cual se apagó de codos, contemplando el fuego. En cuanto se encontró solo su cara se nubló como por encanto. Vestido de gran gala, lleno el pecho de condecoraciones, presentaba una gallarda figura a pesar de las muchas arrugas contraídas prematuramente.

Ser ministro de Estado de una gran potencia es, sin duda, una cosa que tiene que halagar a cualquiera: un puesto que tiene que satisfacer cualquier ambición.

Esa ambición la había tenido hacia poco tiempo Brausome, y por conseguir esa distinción había trabajado largo tiempo y bien. Ahora que había alcanzado honor tan grande, estaba abrumado. Era muy bonito, para dicho, ser ministro de Estado, manejar los negocios diplomáticos con el mundo entero, ser el jefe de todos los diplomáticos y cónsules,

muy bonito! Pero ¡qué responsabilidad tan enorme! ¡Qué de malos ratos! ¡Qué de sinsabores, qué de noches en vela y cuántos días de incansable trabajo! Para el mundo exterior todo era fiestas, honores, relumbrón; sólo los que estaban en el ajo sabían lo pesado de semejante tarea.

Pocos minutos después apareció el secretario conduciéndole a Mr. James B. Coulson. El americano estaba aún pálido a consecuencia de la travesía, y llevaba un enorme abrigo para ocultar las deficiencias de su atavío, pero conservaba su libertad de maneras. El ministro le miró de arriba a abajo, examinándole detenidamente, y al ver que Mr. James B. Coulson parecía enteramente el Coulson negociante en lanas, creyó al principio que su secretario se había equivocado.

—Deseaba usted verme, según me han dicho. Yo soy Sir Edward Brausome—dijo el ministro.

—Mil gracias por haberme recibido tan pronto—contestó Coulson—Yo soy el presidente del Sindicato "Coulson y Bruce", que, dicho sea de paso, esperamos revolucionar la manufactura de lanas. Además, tenemos otras varias invenciones, que registraremos todas con relación a la industria citada, y he venido aquí con unos negocios que ya he terminado.

—¿Satisfactoriamente, supongo?—preguntó el ministro.

—No me puedo quejar. Con algunos inconvenientes me he encontrado, pues aquí no se llevan los negocios con la actividad que en mi tierra; pero, en fin, no me puedo quejar.

El ministro asintió.

—Pues verá el señor ministro. Yo tengo muy buenos y muchos amigos, y cuando saben que vengo a Europa por mis negocios, siempre me encargan que traiga algunas cartas. No es por lo que cuesta el franqueo—añadió riéndose con franqueza—, pero tienen más confianza en mí que en el correo.

—Sin que niegue ese capricho, señor Coulson—interrumpió el ministro—, no me negará usted que el servicio postal entre su país y el mío ha llegado casi a la perfección.

—El correo—continuó diciendo Coulson—es una magnífica institución, muy buena, tanto aquí como en mi país, pero una carta echada en el correo en Washington pasa por muchas manos antes de llegar aquí, a su destino.

Sir Edward se sonrió.

—En efecto, en repetidas ocasio-

nes, los Gobiernos han preferido utilizar los servicios de una persona de confianza que los del correo. Su gran nación ve ahora que tanto se extienden sus negocios y su dominio, ve la necesidad de emplear los antiguos sistemas de la vieja Europa. Me han dicho—exclamó cambiando de tono—que trae usted una carta para mí, señor Coulson.

Este echó mano á la cartera y sacó la carta.

—Un amigo mío—dijo—de quien usted habrá oído hablar, me encargó que entregara á usted esto personalmente. Mañana voy á Southampton, donde me embarcaré en el "Princesa Cecilia", ya de regreso, y he pensado que podría llevar yo mismo la contestación.

—Muy tarde es, señor Coulson—replicó el ministro señalando el reloj.

Se sonrió el otro bonachonamente, al tiempo que decía:

—Para vucencia nunca falta tiempo.

El ministro tocó el timbre, y el secretario entró.

—Hágame el favor de traer la clave cifrada A3X—dijo á su secretario.

Mr. Coulson le contuvo.

—¿Para qué? No creo que haga falta clave alguna. La carta que acabo de entregarle es personal, y lo que mi amigo tiene que decirle está escrito en claro inglés. Sacó la carta del sobre el ministro, y preguntó á Coulson:

—¿No será indiscreto de mi parte?...

—No, no, no—replicó Coulson—; mi amigo me conoce muy bien. Además, es una simple carta de una casa comercial á un... á un cliente, llamémosle así. No tiene nada de particular.

El ministro cogió la carta, y al ver la facilidad con que se despegaba el sobre, no pudo contener un gesto de asombro.

—De todas maneras—exclamó Sir Edward examinando el sobre—, creo que hubiera sido prudente cerrar bien el sobre.

—Permítame que lo vea—dijo Coulson alargando la mano.

La carta pasó á manos del americano, quien examinó detenidamente el sobre cerca de la luz eléctrica. Con gran calma devolvió la carta al alto funcionario.

—Sí, tiene muy poca goma, es verdad.

El ministro miró con fijeza al portador.

—Me parece—dijo recalcando las palabras—que no he sido yo la primera persona que ha abierto esta carta. Se ha despegado el sobre como si sólo estuviera unido con agua.

Coulson sacudió la cabeza negativamente.

—Esta carta no ha dejado de estar en mi posesión un solo minuto, no ha salido un segundo de mi cartera, y siempre la he llevado conmigo. Mi amigo, mejor dicho, nuestro amigo, no es partidario de muchos cerrojos para ocultar secretos, y yo, que en esto tengo bastante experiencia, soy de su mismo parecer. Una carta metida en dos sobres y llena de sellos de lacre, es seguro que se abre y se lee en caso de que algo le suceda al portador. Esta que le he entregado, como usted ha visto, viene en los mismos sobres y escrito con la misma sencillez que las cartas de presentación que traía pa-



ra los comerciantes de París y Londres.

El ministro, sin añadir una palabra más, leyó en silencio la carta, haciendo un gesto de asombro al leer la firma. Volvió á leerla de nuevo, y la colocó debajo de un pizapapeles, encima de la mesa de escritorio.

Después se apoyó en la mesa, y dijo al americano:

—Esta carta, señor Coulson, no es una comunicación oficial.

—No, no lo es—afirmó el interpelado—. Yo creo que nuestro amigo pensó que sería mejor quitar á esto todo carácter oficial. El asunto está ya en negociaciones entre su Gabinete y Mr. Harvey, pero, hasta ahora, estamos sin obtener solución alguna, y eso es lo que espera mi amigo.

—La única contestación que ese

señor espera, es una respuesta verbal—contestó el ministro.

—Perfectamente—replicó Coulson—una respuesta verbal. Deme vucencia esa contestación en presencia de la persona que esa carta menciona.

El ministro bajó la cabeza y se quedó pensativo. Al cabo de un rato volvió á hablar, más serio, más oficialmente.

—Señor Coulson, este es un asunto de suma importancia; un asunto que hace algún tiempo preocupa al Gobierno de Su Majestad. Preguntaré á la persona que esta carta menciona cuál es su opinión, y si podemos complacer á su amigo en este asunto. De hacerlo así, excuso decirle que lo que haya de comunicarle se decidirá esta noche, y será cuestión entre caballeros de honor, y como tal debe aceptarse. Será, desde luego, nuestra decisión honrada y sincera, pero entendiéndose que no obliga á nuestro Gobierno á ninguna acción eficaz.

Coulson se rió y asintió con la cabeza, añadiendo:

—Eso sí que es verdadera diplomacia, Sir Edward. Lo he repetido muchas veces y se lo he dicho á mi gente. Son muy testarudos y muy callados. No emplean todas las palabras que debieran. Bueno, ¿y qué me dice usted de su amigo?

Sir Edward miró al reloj.

—Es posible—dijo—que á estas horas esté en la recepción que hoy damos al Cuerpo diplomático, y la que he abandonado por venir á hablar con usted. Si no ha venido ya mi secretario le mandará llamar por teléfono.

Coulson aprobó su idea, y dijo:

—Me parece que he tenido suerte esta noche.

Sir Edward sonó el timbre, y al momento apareció el secretario.

—Oiga usted—le dijo en cuanto entró—. Es necesario que me busque usted inmediatamente á este caballero—y le entregó un pedazo de papel en el que había un nombre escrito—. Si no está en los salones y no ha llegado aún, telefoné al momento y llámelo. Dígale que urge el que venga inmediatamente. Ya comprenderá que se trata de un asunto de importancia.

El secretario saludó y salió sin replicar palabra.

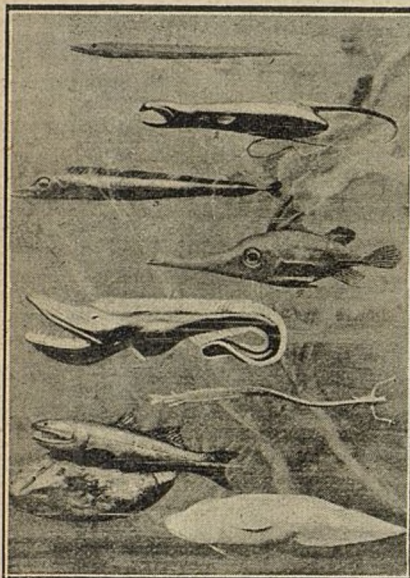
Sir Edward se volvió hacia el visitante, y le dijo:

—¿Me permite usted que le ofrezca algo, una copa, un refresco?

—No, señor; mil gracias. Sólo desearía poder fumar—replicó Coulson.

COSAS RARAS Y NUEVAS

Los únicos seres que podrán ver los restos del "Titanic", que yace en



DEL FONDO DEL MAR

del Océano Atlántico á una profundidad de cuatro mil metros, son algunas especies de peces

constituidos de tal manera, que pueden soportar esas enormes presiones. Estos seres vivientes, únicos que pueden vivir en esas profundidades, son los ocho que damos en el adjunto grabado, y que llevan los nombres siguientes, empezando desde la parte superior:

Primero. El *Lepidopus Tennis*, que se encuentra á profundidades de 345 brazas.

Segundo. El *Saccopharynx Flage-lum*, originalísimo en su forma de enorme cola y que vive á profundidades de más de 900 brazas, próximamente, 1.500 metros.

Tercero. El *Afonops Carbo*, también habitante en los abismos del mar.

Cuarto. El *Haliocirurus Centriscoides*, trompa de elefante.

Quinto. El horrible *Gastrostomus Bairdii*, cuya cabeza forma casi la mitad del cuerpo y que navega á profundidades de cuatro y cinco mil metros.

Sexto. El *Stylophthalmus Paradoxus*, que tiene los ojos en las extremidades de unos cuernos como parece que los tienen los caracoles, cuernos que van disminuyendo con la edad.

Séptimo. El *Chiasmodon Niger*, capaz de engullirse peces de mayor tamaño que él. El que se ve en nuestro grabado acaba de tragarse un pez mayor que el glotón *Chiasmo-*

don, y su vientre se ha dilatado enormemente para poderlo contener y hacer la pesada digestión.

Y por último, el llamado *Afionus Gelatinoso*, que también navega en grandes profundidades y se caracteriza por no tener ojos y ser incoloro. Su carne es transparente y gelatinosa, de donde ha tomado su nombre.

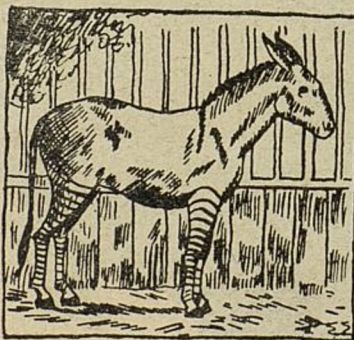
Si hay algunos testigos que puedan presenciar la suerte del "Titanic", estos son los únicos seres vivos, que si hablaran podrían contárnoslo. Pero si no todos ellos son ciegos, mudos lo son todos ellos.

En el Jardín Zoológico de Londres, puede verse un animal extremadamente raro, tan raro, que no hay palabra con que designarlo.

ZEBRA Y BURRO

Es un producto híbrido de la unión de un burro salvaje de Somalilandia con una zebra.

Como puede verse por el graba-



do, el animal tiene las líneas de la cebra en las patas y parte del cuello, pero desaparecen en el resto del cuerpo, que tiene la forma y proporciones del burro, habiendo quedado bien marcada la cruz oscura en el lomo, tan característica en los asnos.

Este curiosísimo animal produce un sonido muy parecido, aunque no completamente igual, al rebuzno del burro.

También en el Imperio Austro-Húngaro.

Desde Praga han notificado que en las elecciones para diputados, verificadas últimamente en Bohemia, ha sido elegida diputada por el distrito de Jungbunzlau, la señora Kuneticki, conocida y popular escritora bohemia.

Es la primera vez que una mujer ha sido elegida en su Cuerpo legislativo austriaco, pero se cree que no

llegará á sentarse en los escaños de la Cámara, pues es más que probable, no se apruebe el acta.

Las modas varían, el número de combinaciones en trajes, tocados y ornamentos no

PENDIENTE

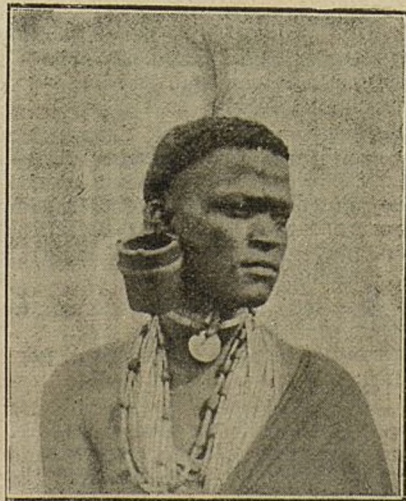
NOVEDAD

tiene fin. Modistos y modistas, zapateros, sastres y joyeros, inventan constantemente cosas nuevas y originales para hacer gastar los cuartos á la humanidad amiga de las modas.

Nosotros damos hoy un figurín, que si no gusta, no será por falta de originalidad. Algunas modas se han visto más extravagantes.

Proponemos el nuevo pendiente, el pendiente tiesto, que tiene la ventaja de que además de ser completamente nuevo, es sumamente barato.

La moda no es parisina, viene de mucho más lejos, del Oeste africano, y consiste en llevar una pequeña maceta ó un frasco de porcelana en lugar de pendiente, haciendo de solitario. Claro está que como el adorno es enorme, el agujero en donde va encajado, ha de ser por lo menos una miajita más enorme, pero eso es fácil conseguirlo, pues los agujeros hechos en el lóbulo de la oreja, se agrandan fácilmente una vez abiertos, y para ello basta ir introduciendo poco á poco objetos de mayor volumen. Después de taladrada la oreja y de llevar durante unos días un hilo, se mete después un alambre, más tarde un palillo de dientes, luego un lápiz, después una regla y por último, el tiesto en cuestión.



Todo es cuestión de paciencia, de tiempo y de buena voluntad.